

se tiene prueba escuchando las conversaciones de círculo entre jóvenes. Hablan de *sport*, de juego, de negocios. Nunca se pronuncia entre ellos un nombre de mujer,

Esta unidad de reunión, si así puede decirse, produce también este resultado: que esa vida social tiene su objeto y su fin en sí misma. Todas las familias que la llevan son ricas, y no pueden aspirar por ella á ninguna otra; esto crea una especie de atmósfera más sencilla, más feliz é inocente. Hay menos doblez en las relaciones porque no son, no pueden ser, medios para empujarse más lejos. No teniendo en América las clases ricas ninguna clase de influencia sobre las elecciones, un político ambicioso no tiene que hacer en la sociedad. No hay aquí Instituto hacia el cual el favor de alguna pandilla pueda aguijonear á un escritor ó á un artista. No hay, en manera alguna centro de donde irradie la reputación literaria y se acumule por sí misma en algunos salones. Las jóvenes no reciben dote sino excepcionalmente, de modo que los corredores de grandes matrimonios se ven reducidos á extranjeros titulados y arruinados que las más de las veces desaparecen después de una estación. Muy pronto se convencen de que la vieja Europa es todavía el terreno más seguro para esta clase de especulación.

Como por otra parte, las costumbres parecen más bien buenas, y una "liga" reconocida es aquí un fenómeno, la vida de sociedad no podría servir de cortina á las complicaciones de la vida pasional. Reducida así á su fondo propio, se exaspera en el sentido de la fiesta fastuosa y pública; y como en donde quiera necesitan un alimento real, una ocupación positiva esas actividades tan vigorosas, la vida mundana acaba, aquí al menos, por dirigirse toda del la-

do del *sport*. De nuevo lo que debería lógicamente ser un defecto se convierte en un principio saludable: tan cierto es que en las razas fuertes todo se torna en fuerza, hasta la frivolidad y la vanidad; mientras en los pueblos que envejecen, aún la cultura y la delicadeza no van á dar sino á la enfermedad y á la corrupción.

¿Cómo se divierten?... Yo mismo me he divertido para contestar á esta pregunta con un poco de exactitud, en seguir hora por hora y durante muchos días, el empleo del tiempo de algunas mujeres que son aquí lo que se llama, *leaders in society*. Transcribo uno de los bosquejos hechos así, tomándolo al azar entre otros veinte. Todas son igualmente parecidas en la potencia fisiológica que suponen, el gusto por la vida al aire libre y el ejercicio. Esta manera de divertirse explica también por qué estas mundanas, en lugar de tener el estómago enfermo, el color pálido, el aspecto de "guante viejo," como decía un cruel humorista, así como muchas otras de sus hermanas en las ciudades europeas, conservan por el contrario, el brillo de su tez, la flexibilidad en sus movimientos, la fuerza de su vitalidad. Ellas lo saben y de eso están orgullosas.

—"Lo que me regocija, me decía una de ellas, al pensar que soy americana, es saber que pertenezco á una raza sana y hermosa..."

Me acuerdo también del desprecio con que otra, al hablar de una actriz del Odeon, que había pasado un mes en Nueva York, me la describía: *That little woman with wisby washy complexion...* (1) No des-

(1) Esa mujercita con un tinte de *papier-maché*.

cansan en esa crítica de las parisenses. Oigo todavía á una tercera deplorar el cambio de una de sus compatriotas recién casada con un francés:

“Estaba tan robusta, con tan buen color—*with a very good complexion*; y se ha puesto flaca y descolorida, *thin and quite sallow*....”

Y rien al decir frases semejantes, con su risa feliz en que hay lo que nosotros podemos tan difícilmente comprender, animalismo decente; luciendo sus dientes tan limpios como objetos de lujo, y en los cuales, si algo ha tenido que hacer el dentista, ha sido poner oro que reluce con brillo tan nuevo que no ofrece aspecto de enfermedad.

Antes, pues, de las nueve, la joven cuya atrevida silueta evoco en este momento, estaba ya á caballo y había tomado uno de esos pesados almuerzos que son la comida esencial de los anglo-sajones, la que les da fuerzas para el gasto del día. Ha trotado y galopado dos horas en medio del aire marino, para volver á las once, á tiempo de mudar de traje é ir al Casino donde hay un concurso de *tennis*. Dos amigas suyas, una joven soltera y otra casada hace dos años, deben tomar parte en el juego. Es el punto de cita del Newport *fashionable*, este prado encuadrado entre construcciones de linda arquitectura á las cuales la viña del Japón reviste como pudiera la yedra. Hay allí en torno de los jugadores un público de mujeres, en su mayor parte vestidas de colores blancos, con ese exceso de lujo ligero que hace de una *toilette* una cosa visiblemente frágil, tanto como costosa. Todo esto parece ser usado para una sola hora sin nada que individualice la belleza de estas personas así ataviadas. Ante esta especie de impersonalidad de suprema elegancia, tan delicada, tan romancesca y que explica toda la diferencia que hay entre esta

elegancia y cualquier otra, me acuerdo de cierta frase. Se trataba de uno de esos retratos que se hacen por divertirse en los juegos de salón; una francesa había escrito queriendo pintar su carácter:

—“Yo no me he vestido nunca para el baile sin saber por quién iba yo á él....”

Las americanas se atavian para estar bellas, porque son *fine, healthy women*, como su raza, y por el momento ninguna de ellas piensa en coquetear, pues se absorben en el espectáculo del juego, al cual la recién llegada se entrega en seguida como las otras. Duchas en las lecciones de la *physical culture*, comprenden el atletismo, donde quiera lo encuentran, con esa inteligencia casi profesional que da á un esgrimista, ante un asalto de armas, la facilidad de medir con un golpe de vista la velocidad y escape de los campeones. En cierto momento uno de los jóvenes que acaba de lanzar la pelota hace que un mozo le limpie su plantilla de caoutchouc embarrada de lodo. Y durante esta operación vulgar, halla medio de tomar una actitud tan graciosa que oigo á una joven gritar:

—“¡Ah, cómo quisiera que él ganara! *¡E is so nice looking!*”

Grito ingénuo en que estalla la profunda admiración de la americana por los *looks*, por esa belleza física, considerada á lo pagano. Va tan lejos esa admiración, que uno de los gimnastas más célebres de Estados Unidos, reúne en su alojamiento después de la función, mujeres de la mejor sociedad, y allí, desnudo el dorso, las dá *a lecture about his body*, una conferencia de musculatura. La fotografía de este dorso, musculado efectivamente como aquel sobre el cual, en el Vaticano, Miguel Angel decrépito paseaba sus manos, se vende en todas las tiendas, y más de una espectadora del *tennis* la tiene en su habitación.

finos esplendores, que se sienten entre ellos tan á gusto como príncipes de la sangre. Se requieren generaciones para formar un verdadero noble, que sienta y obre como tal. Pero para formar un hombre de la gran vida, que tenga tanto fácil aplomo en la elegancia como uno de los innumerables grandes señores ociosos que abundan en los clubs de Londres y de París, una sola generación basta. Muchas veces hay bastante con la mitad de una.

Las cuatro y media.—*El lunch*, en que el inevitable *champagne* seco corría de nuevo á oleadas, ha cedido el puesto á la conversación sobre el puente. Han llegado otras mujeres; dos jóvenes solas, otras dos acompañadas por dos estudiantes de Yale que no son sus parientes; á más, cuatro ó cinco celibatarios, verdaderos ciudadanos de *Cosmópolis*, que gastan sus rentas entre París, Lóndres, Cannes y este lugar cuando la gestión de su fortuna les conduce á Estados Unidos. Pero ya la chalupa eléctrica comienza á cargarse de pasajeros que tornan al muelle. Toda la "partida" junta en el barco va á dispersarse. Los más y entre ellos la joven de quien sigo la distribución del día, son de ese número y van á asistir al *match* de polo. Yo iré con ella. Un cuarto de hora sobre el agua siempre surcada del puerto; veinte minutos de carruaje, y hénos aquí á la puerta del espacio cerrado por tablas, donde se verifica este admirable y temible juego. Domina una escarpa donde vienen á ver el *match* desde fuera. Esta diversión es tan nacional, su energía y su peligro cuadran tan bien á la raza, que humildes obreras, lavanderas por ejemplo, comienzan sus tareas á las cuatro de la mañana, para despachar más pronto todo su quehacer y venir á terminar aquí su tarde.

—“Tienen razón,” me dijo la americana que me contó ese rasgo, “este es un juego magnífico. . . . Hace veinte años nuestros jóvenes no pensaban sino en beber. Hoy que han tomado gusto á los *sports*, dá este, sobre todo, necesitan ser sóbrios para no volverse torpes. Comen poco. No beben. Se acuestan temprano. Sin este régimen no aguantarían ocho días seguidos. . . .”

El hecho es que, una vez estando uno en el pradiño y viendo á los jugadores de los dos bandos correr en sus caballos, inclinando el busto y oscilante en la mano libre el largo mazo de madera, es difícil asociar la energía que tan varonil ejercicio supone, á la embriaguez y á la disipación. Ocho están allí, prestos á galopar en sus pequeños poneys, robustos y ágiles. La pierna opresa por la bota amarilla, el pantalón amplio, con una camisa y un casquete de los colores de su partido, se apiñan en torno de la pelota blanca que corre sobre la verde yerba. Los caballos, bañados de sudor, siguen por sí mismos esa pelota, con la animosa inteligencia de la bestia montada por jinete tan diestro, que forma con ella una sola pieza.

La pelota ha saltado á un golpe de mazo más preciso que los otros, y he ahí á los dos bandos que parten al galope. Desfilan junto á los carruajes alineados en hilera. Se oyen los cascos de los caballos batiendo el hollado césped. Es un ruido sordo y rápido á la vez, que acompaña á otro más fuerte, el de su aliento. Pasa sobre la concurrencia ese pequeño estremecimiento que ante los toreros sacude los nervios de las sevillanas, dispuestas á seguir el duelo de la cuadrilla y el toro. Quizá, el peligro es aquí más real, aunque el aparato es menos feroz. Yo he permanecido sólo una hora, y ya uno de los caballeros ha rodado

á los piés de los caballos. Otro lo ha reemplazado, que á los diez minutos sufre un golpe de mazo en pleno rostro. Lo veo apearse cegado por la sangre. Se desmaya, luego se levanta y se retira, asistido por dos de sus amigos, sin que nadie ponga atención en ello.

El gran pesar consiste en que se ha interrumpido una partida. Pero se consuelan pensando en que hay necesidad de hacer la *toilette* de la noche. Porque esta larga jornada de idas y venidas va á cerrarse, como todas las demás, con una comida en una *villa* seguida de un baile en el Casino ó en otra parte, á no ser que el aire libre y tanto movimiento den cuenta de la mujer de moda. Esta fatiga de los días explica por qué las recepciones nocturnas son raras en Newport, aparte de esos bailes. La costumbre es retirarse de la casa donde se come, hacia las diez y media cuando más tarde, dejando á los dueños de aquella tan fatigados, que se tendría escrúpulo en permanecer un cuarto de hora más.

—“Con mucha frecuencia, me decía Miss. I\*\*\*, la más bella de las *leonas* de la estación, me ha sucedido, por haber citado mi carruaje muy tarde, quedarme esperando en la antesala y dormirme allí sobre una silla, á causa del excesivo cansancio, pero sin atreverme á volver á entrar al salón, pues sabía que mis huéspedes estaban tan fatigados como yo. . . . .”

¿Cómo platican? Esta es la última pregunta, y la más importante que hay que hacerse sobre hombres y mujeres de sociedad. Lo demás sólo es cuestión de decorado y de gesticulación. El arte de conversar es por el contrario la sociedad misma, su mejor razón de ser, cuando la conversación vale la pena,—su peor fastidio cuando esa conversación es vacía y tonta. —

y siempre, buena ó mala, es su signo característico. ¿Más cómo dar cuenta de la naturaleza especial de una conversación sin transcribir toda una série de diálogos reales, cosa que sería á la vez incoherente é indiscreta? En las novelas de los escritores que han conocido y amado á una sociedad es donde hay que buscar el tono de sus pláticas; y bajo este punto de vista, las primeras novelas de M. Henry James me parecen uno de los más importantes documentos. Digo los primeros porque este observador tan agudo ha estudiado posteriormente con más especialidad á sus compatriotas en el extranjero. Los de aquí se lo reprochan y he leído en un diario hace poco á este respecto el siguiente epigrama cuya metáfora se ha tomado de los ferrocarriles eléctricos:

“Tiene tanto talento! ¡Lástima que su *trolley* no se ajuste mejor al hilo americano!”

No por eso es menos cierto que nadie como este maestro ha expresado el tinte exacto de las conversaciones sostenidas por gentes de Boston ó de Nueva York, en un ángulo de sala ó en una mesa de comedor.—En cuanto á la charla más moderna á ese colorido de *esprit* momentáneo y de actualidad que Gyp nos asigna á nosotros tan felizmente, me parece que nadie da mejor idea de él que la mujer distinguida que ha hecho célebre el pseudónimo de Julian Gordon. Remito á esas obras al lector europeo que tenga curiosidad de comprobar, sentado en su sillón y sin atravesar el océano, los pocos rasgos que creo distinguen más netamente la conversación americana. Porque aquí gustan mucho más que los ingleses de conversar, si es que no tanto como los gallo-romanos, sobre todo aquellos y aquellas por cuyas venas corre algo de la excitable sangre irlandesa que no sabe callarse, así como tampoco sabe olvidar.

El primero de esos rasgos es bastante difícil de definirse en una fórmula. No obstante aventuraré una, sin meterme á comentarla: Es el *punto de vista*.

Platicais con un francés: si tiene *esprit* y verba, á las diez respuestas la conversación ha cambiado. Empieza á dejarse llevar por el capricho de sus asociaciones de ideas, de tal modo, que al cabo de una hora, habeis tocado todos los asuntos, sin método, sin provecho; pero con solaz. Os deja la impresión de una inteligencia despierta y facil, que tiene *lucidez de infinidad de cosas* para emplear una antigua frase, muy fancesa por cierto. No sentís lo que nueve veces por diez sentireis hablando con el americano ó la americana: una energía que no se gasta en la futilidad de la charla social; una inteligencia que tiene un punto de vista desde donde considerar la vida y que se mantiene en él, que os hace en él entrar y que os utiliza.

Es que bajo la mujer de sociedad que os habla en ese rincón de la sala, entre las flores y las luces, hay una criatura de tensión, que ha empezado, desde que se ha independido (*est out*) á componerse una personalidad ajustada á determinado tipo que eligió. Una resolvió ser gran señora inglesa. Vivió mucho tiempo en Londres y supo formarse allí una posición. Os será imposible sacarla de ese punto de vista y obtener de ella "referencias" que no sean londonenses y británicas. Otra se propuso ser parisiense, y su conversación os encierra en un círculo de nociones que siempre y por siempre suponen París. Para ella no hay más que nuestros libros, nuestros pintores, nuestras comedias, nuestros actores. A otra se le ha puesto en la cabeza ser comedianta. Ha tomado lecciones de declamación y recita bien. Pues al derredor del teatro giran todos sus discursos. Aquella la da por

la literatura. Al cuarto de hora descubris que ha tenido tiempo de administrarse en medio del torbellino del mundo en que vive, una gran dosis de lectura, y la continúa hablándoos con esa fuerza singular de especialización y de exactitud que las gentes de aquí poseen. Un amigo y compatriota mío, á quien se trataba de hacer casar con una joven rica, ha roto el compromiso porque su prometida, muy dada á la ciencia, le había estado explicando durante toda una *soirée*, la invención de una nueva locomotora. Y á los reproches de la persona que le había presentado, sólo daba esta respuesta: "No puedo casarme con un ingeniero."

De ordinario, fuerza es decirlo, el punto de vista es menos severo, menos intransigente, y encontrais en la conversación de los americanos y sobre todo de las americanas, un segundo rasgo que les salva de la tirantez y del pedantismo. Este rasgo es la vivacidad. Hay en sus menores palabras el sabor profundo de lo real y tienen tanto movimiento como gestos. Nunca dicen nada abstracto ni vago, siempre usan de palabras que pintan, de términos que denuncian experiencia. No tienen tampoco de modo alguno, esa noción de la supresión de la personalidad que si dá un barniz más brillante de cortesía á la plática, disminuye tanto la individualidad de la conversación. Nunca titubean en hablar de sí mismos, en recordar sus viajes, sus aventuras, lo que llaman ellos precisamente "mis experiencias." Ganan en ello, pues á falta del *esprit* de las palabras, tienen en abundancia lo que podría llamarse el *esprit de las cosas*, ó lo pintoresco del relato, que produce, cuando mezclan á él la alegría, un agrado (*humour*) original y nuevo. En esto también se siente lo mismo bajo la mujer rica como bajo el hombre fastuoso, al pueblo muy cercano.

También lo sentís en cierta ingenuidad general de esa conversación. Los dobles sentidos picareseos están absolutamente proscritos, y las murmuraciones rara vez son crueles. La imitación de la impertinencia aristocrática, esa plaga de las sociedades burguesas, no se encuentra aquí para nada. La burla es constante, pero una burla que no desgarrar. Procede especialmente por medio de anécdotas jocosas. Su principal blanco son los rasgos individuales de carácter. Luego vienen las torpezas sociales, las faltas de gusto en la "caza del león," ó sea en la persecución de las personas célebres ó tituladas para conseguir algo de ellas. Estas últimas anécdotas llegan generalmente de Europa, y prueban que el paso del Nuevo Mundo al antiguo, tiene por habitual resultado realzar los defectos del americano en vez de corregirlos. En su país, en su medio original, es más sencillo, más cordial, y en suma, al oírlo platicar, se le estima, se le adivina; *good natured*, usando de su propia frase, y no revela ni mucho odio, ni gran envidia y sí un agrado conveniente. Forain me decía despues de algunos días pasados en Newport: "Son unos chiquillos . . . ." Para este observador, de una intensidad tan acerba de visión, y que ha descendido á tanta profundidad en la vejez de nuestra decadencia, esta clase de *esprit* es insípido. Tiene sí, sabor, pero es tan distinto de la acritud parisiense, que acaso sea imposible el apreciar los dos.

No obstante, los americanos se esfuerzan en ello: Citan con mucho gusto leyendas de ese mismo admirable Forain; pero con el mismo esfuerzo y con la propia dirección de inteligencia que aplican á la lectura de Verlaine y Mallarmé. Porque es también uno de los rasgos de su conversación la cita constante de autores franceses de la extrema izquierda. Es-

te gusto ha llegado hasta las mujeres de sociedad á través de los pintores, que han ido también á París á estudiar y que ya se han juzgado al corriente. Una de las fases divertidas de esa charla es el contraste sorprendente entre ciertos nombres y las bocas que los citan y que quieren aplicar con admirable candor el mismo "*lovely*," el mismo "*enchauting*" y el mismo "*fascinating*" que les sirven lo mismo para elogiar á todos los cuadros y á todos los paisajes que á un caballo ó á un aire musical, que á una estatua ó á un sombrero.

Me ha parecido notar que están completamente eliminados de la conversación dos órdenes de problemas: los de la política y los de la religión. Tal silencio parecerá tanto más significativo, cuanto más se piense en que son esas las dos preocupaciones constantes de la América, y que en ningún país son tan activas como allí la vida política y la religiosa. Este fenómeno puede explicarse por varias causas. Yo por mi parte veo en él una nueva prueba de que los americanos poseen en alto grado el sentido distributivo que no es en sí mismo más que un caso particular de su fuerza de voluntad. Jamás oireis á un hombre de negocios, al salir de su despacho, hablaros de negocios. Sobresalen en fijar el freno de detención. La misma energía que les permite, una vez aplicados á una tarea, entregarse por entero á ella, les permite, una vez concluida, entregarse también por entero á otra nueva. Ponen en práctica cierto empleo del verbo *to have* que indica esto. Dicen que *tienen* un paseo á caballo ó en carruaje, como dirían que tienen una botella de vino que beber ó un libro que leer. Es como si, dada una parte del día, una hora, dos ó tres, se tratara para ellos de la manera de explotarla, de hacer de ella un todo casi separado.

No mezclan sus sentimientos, como tampoco mezclan sus ocupaciones. Se trata de gavetas ó compartimientos que abren y cierran á voluntad, La política es uno de estos. La religión es otro. La sociedad un tercero. Y luego, la política no está aquí, como entre nosotros, al arbitrio de las fantasías del público y de sus pasiones. Está montada á manera de una empresa y los partidos se rigen por una maquinaria montada [de modo que no permite en su mecanismo ni el juego de la fantasía de ideas generales ni el de las pequeñas intrigas. En cuanto á la religión, la libertad absoluta ha multiplicado tanto las sectas, y los matices de ellas que toda discusión resulta imposible. Sería un choque de opiniones tan vasto y tan continuo, que del modo más natural se ha establecido una reciproca complicidad de tolerancia. Esta ausencia de los dos más grandes principios de irritación es la que aquí ha acabado de dar á la conversación este carácter pacífico, casi benigno, y la ha dotado de una sencillez más cordial. Por lo menos lo siento así; pues todas estas impresiones de extranjero deben siempre llevar consigo el correctivo de un "puede ser," que no se podría nunca ratificar enteramente, ni aún con una segunda, tercera ó hasta décima experiencia.

## IV

## LAS MUJERES Y LAS JOVENES.

Tengo gran cantidad de notas tomadas durante muchos meses después de las primeras, sobre la "sociedad" americana que en Newport me produjo la más completa y la más imprevista sensación. He vuelto á ver, bajo todas sus fases y de nuevo, á Boston, á Chicago, á New-York y á Washington.

A estas notas borroneadas día por día—como los croquis de pintor destinados á fundirse más tarde en algún cuadro definitivo,—las acabo de hojear varias veces con fin de clasificarlas y de resumirlas en unas cuantas fórmulas que sean algo precisas. Al hacer esta síntesis he tropezado con una dificultad que proviene menos aun de la abundancia de ellas, que del trabajo de metamorfosis efectuado en mi espíritu por este largo viaje y por sus multiplicadas experiencias. Así como, estas palabras: los Estados Unidos, hoy se traducen para mí en millares de imágenes concretas y distintas, cuando á mi llegada se me figuraba una gran masa confusa é indeterminada; así también estas otras palabras: el "mundo" americano, han dejado de representarme esa cosa única de la que tenía aun la preocupación en Newport.

No hay una "sociedad" americana, como hay una "sociedad" francesa y como hay también una "sociedad" inglesa. En los Estados Unidos, á tantas ciudades como existen, corresponden tantas sociedades, y como ninguna de ellas ha conseguido crear-